

EL BULERO

El quince de octubre del año del nacimiento de Nuestro Señor Iesuchristo de mill e quinientos e ochenta y dos, parte de este monasterio de Nuestra Señora de Prado de Valladolid, con dosçientas mil bulas de vivos y treinta mil de defuntos, todas de a dos reales de plata, Sebastián de Fonseca, bulero, para el Obispado de Salamanca.

Así rezaba la minuta que le fue presentada por el monje contable para la firma. Tras leer con detenimiento las cantidades, Sebastián, con pulso firme y fácil rúbrica, escribió su nombre, recogió otra minuta similar, la dobló en tres partes, para que entrase en el angosto hueco de la bocamanga, y salió al patio. Allí le esperaba Miguel con la recua de seis caballos cargados con las alforjas repletas de bulas. Amanecía.

Fuera del patio, en la amplia explanada que se extendía entre el monasterio y el río, otros buleros, con sus criados y animales de carga, esperaban el turno de recoger las bulas para llevarlas a los obispados correspondientes. Algunos no saldrían hasta dos días más tarde, tan arduo era el conteo, tan minuciosa la contabilidad: tres veces se contaban y tres veces se anotaban en libros diferentes. Sebastián lo sabía muy bien. La Comisaria de Cruzada, dependiente del Papa y del Rey, así lo ordenaba.

Sebastián había leído muchas veces la pragmática que regulaba la impresión, traslado y venta de bulas. Conocía todos los pormenores, en especial aquel que hacía responsable al bulero de todas las bulas que le entregaban, pobre de él si perdía alguna, por eso no le parecía mal que se contasen tres veces. En Salamanca, delante del delegado de Cruzada se repetiría el proceso, si todo coincidía, si las bulas entregadas se ajustaban a la minuta, recibiría los 100 reales estipulados, en caso contrario iría, sin más preámbulos, a la cárcel.

La mañana venía fresca y el cielo amenazaba lluvia «Mal día -pensó Sebastián- para vendimiar. Seguramente -siguió pensando, mientras se dirigía hacia la recua- vendimidores de todos los pueblos y villas irían ya camino de los majuelos». Le bastó este recuerdo para que, como las guindas de Toro, se le engarzasen unos con otros y terminase, como siempre, soñando con su infancia. En el breve tiempo que empleó en cru-

zar el patio, donde Miguel, viéndole acercarse se apresuró a destrabar los caballos, atravesaron por su mente todas las vendimias de su niñez.

Él era hijo de la vendimia. Muchas veces había oído el relato a su padre, portugués de las tierras altas del Norte, en la raya con Galicia. Todos los años al acercarse la recolección, Joao, como se llamaba el padre, junto a otros portugueses, se unía a una cuadrilla que penetraba en las tierras castellanas a segar los amplios campos de cereal y, si las cosas iban bien, continuar después con la vendimia «Buenos reales de plata -decía su padre- salían de Castilla para Portugal ocultos en los forros y calzones de los segadores».

En uno de estos viajes, Joao, de unos treinta años por aquel entonces, «los que tenía ahora él -pensó Sebastián-», vendimiando las tierras que el Obispo de Salamanca poseía en Fuentesauco, conoció a Catalina. Entre las vides se amaron y el fruto, nueve meses después, cuando ya el trigo entraba en sazón, fue él, «un rapaz -al decir de su padre- más listo que don Sebastián». Su padre, invariablemente, debía añadir, ante la cara de asombro del oyente: «el rey portugués, ya sabes». Por eso llevaba este nombre.

Creció en los pueblos que hay entre Salamanca, Zamora y Valladolid, yendo de siega en siega, de vendimia en vendimia, de obra en obra. Que los buenos años habían incentivado la construcción de nuevas iglesias por todos los pueblos, y su padre, jornalero a soldada no le hacía ascos a nada. Este trasiego continuo le metió el gusto por los viajes. No echó raíces en ningún pueblo donde vivió. Se acordaba, eso sí, de todos: Fuentesauco, La Bóveda, Alaexos, Madrigal, Moriscos, Villar de la Reina..., pero no por causa de un apego especial sino porque los visitaba de continuo, obligado por su servicio al Obispo de Salamanca.

Pero los recuerdos de la vendimia le habían llevado, como siempre, al periodo de su infancia en Alaexos: «Aquellos días de otoño, mezcla de sol y nubes, de calores y fríos, de trabajos y juegos, se le habían quedado grabados con ese sabor agridulce que produce el paso de la niñez a la juventud. Inconscientemente se llevó la mano a la mejilla, mientras afloraba un rictus sonriente en su boca. Y es que el recuerdo transitaba ahora por aquel día en que Ana, la hija del amo para quienes sus padres vendimiaban, le hizo el lagarejo, frotándole el rostro con un racimo de uvas tintas, todavía agraces. Las risas de las vendimiadoras, que no la broma, le sacaron los colores, pero ¿qué podía hacer si había sido Ana, la chica en la que había puesto sus ojos? Incluso había deseado que se lo hiciese para sentir su mano suave y cálida, por eso se quedó quieto, como ensimismado, cuando percibió que Ana, pausadamente, se acercaba por detrás».

En Alaexos aprendió, con el maestro Alonso de Villegas, a leer, escribir y las cuatro reglas, y aun algo de latín. Porque Alonso vivió en casa de sus padres durante los cuatro años que moraron en la villa. Había aprendido sin ir a la escuela, sus padres no podían permitirse ese lujo, pero conocían la importancia de la lectura y escritura, por eso no desaprovecharon la ocasión cuando, por el arrabal del Pozo Viejo donde residían en Alaexos, apareció Alonso, bachiller de Salamanca, buscando hospedaje. El trato se hizo pronto: comida y cama a cambio de 200 reales al año y de enseñar todo lo que

buenamente pudiese a Sebastián. «Las largas tardes de invierno arrimado a la lumbre, junto al maestro, leyendo y escribiendo en la tabla que hacía las veces de escritorio, con sus padres al fondo, procurando no molestar, apartados, arrebujados en viejas mantas muleras, se le habían quedado en la memoria unido al chisporroteo de las morcillas que del lar ascendían por la chimenea».

Los saberes que Alonso le enseñó durante esos cuatro años, más el conocimiento del terreno adquirido en los constantes trasiegos de residencia, junto a un cuerpo robusto y una mente perspicaz, determinaron que el Obispo de Salamanca se sirviese de él para los asuntos más delicados. Sebastián sabía bien que, tanto como saber contar las fanegas de trigo o los cántaros de vino de renteros y diezmeros del Obispo, su baza estaba en su presencia, en su figura de labrador rudo que engañaba a los que no le conocían. Veían en él a un hombre mediano, fuerte, de manos grandes, cuello robusto como exigía la cabeza que soportaba, en proporción al cuerpo, con pobladas cejas y aún más el cabello que casi le cubría la frente, barba abundante pero bien afeitada, cicatriz en la mejilla izquierda, resultado de una pelea juvenil, y ojos chispeantes e irónicos, como diciendo. «Aquí está el rudo labrador que queréis ver».

Pero quienes le conocían sabían bien de su agudeza, de su capacidad para prever los hechos y de su sagaz intuición en la toma de decisiones, aunque normalmente su aspecto confundía a las personas. Lo sabía y se aprovechaba de ello. Se presentaba rudamente, haciéndose el simple, dándose las de ganapán ignorante, y así descubría los engaños de los renteros del Obispo, averiguaba dónde ocultaban la mies, descubría el buen vino tapiado de las bodegas, los silos debajo de las camas... y los caminos menos transitados por bandoleros. Razones por las que el Obispo confiaba en él y por las que ahora mismo, sólo con su criado, se hallaba en Valladolid con una recua de seis caballos cargados de bulas, valoradas en cuatrocientos sesenta mil reales.

-Nos vamos, Miguel. Debemos llegar a Salamanca el diecisiete, a lo sumo en la madrugada del dieciocho.

Miguel puso cara de asombro, pero conociendo a su amo, prefirió no hacer ningún comentario, limitándose a preguntar:

-¿Por la ruta de Madrigal o por la de Tordesillas?

-Tordesillas -respondió Sebastián-, quiero dormir en Alaexos y comprar una cántara de cuatrafiejo. «Se calló que también deseaba ver a Ana».

Miguel, joven veinteañero, hijo de un carretero de La Armuña, criado desde la infancia con Sebastián, dudó que éste fuera el motivo, pero prefirió no hacer preguntas innecesarias. Entregó las riendas del alazán a su amo y se subió de un salto en su apacible y dócil caballo, Sebastián hizo lo propio en su alazán, y ambos, tomando cada cual la cuerda de la mitad de la recua, emprendieron el camino hacia Simancas. El sol halló un hueco por donde despedir a los jinetes, sería el único momento en que sintieran su calidez, al poco se ocultó para todo el día. El cielo, plomizo, seguía amenazando lluvia.

En el viaje no hubo novedad alguna. A ritmo rápido, descansando cada dos leguas, sin apenas dirigirse la palabra, preocupado cada uno de sus caballos, llegaron a Tordesillas. Comieron frugalmente, un poco de queso, pan y vino, en la posada de orilla del río, pasado el puente. Más que comer descansaron y dejaron descansar a los animales, a la hora reiniciaron la marcha hacia Alaexos, por la sirga izquierda del Duero hasta Pollos, luego por los prados del Trabancos hacia los Evanes y Siete Iglesias. A las ocho de la noche llegaban a la posada de la villa.

Apenas tuvieron tiempo de descargar las repletas alforjas, abrevar y echar de comer a los animales cuando una cuadrilla de la Santa Hermandad les rodeó:

-Daos presos en nombre de la Santa Hermandad. Entregad vuestras pertenencias.

-Mirad que son bulas de la Santa Cruzada y el Obispo de Salamanca os rendirá cuentas por ellas- respondió Sebastián.

-Lo sabemos- contestó uno de los cuadrilleros que parecía el jefe.

-En ese caso exijo que un escribano cuente las bulas y dé fe de ellas. Vos seréis el responsable de las que faltaren cuando se resuelva este malentendido- dijo Sebastián.

«Como siempre -pensó Miguel- mi amo pasa de paloma a águila». Había percibido el temblor del cuadrillero cuando le requirió acta de escribano de algo tan importante como las bulas. Además, estaba seguro de ello porque iba ya descubriéndole las artimañas, su amo pretendía ganar tiempo.

-Las bulas corresponden al Papa y al Rey, os requiero que en el conteo estén presentes los representantes máximos de ambos poderes- insistió Sebastián.

El cuadrillero se revolvió furioso, había comprendido que aquel ganapán no era un cualquiera:

-Se hará como diga el alférez. Pero sabed que en cuestiones reales la Santa Hermandad tiene plena jurisdicción, si preciso fuere se buscara al cura de la parroquia.

-¿De qué parroquia -preguntó Sebastián-, porque Alaexos tiene dos? Y también sabéis vos que la máxima autoridad es el abad de Medina del Campo, debéis mandar por él.

«Ya está -pensó Miguel-, ya está el lío armado. Desde luego mi amo se las da para alargar las situaciones». Una vez le había preguntado si había estudiado leyes, recibió una carcajada por respuesta.

-Y también sabéis -siguió diciendo Sebastián- que Alaexos es villa de señorío y que la jurisdicción primera le corresponde al Señor de la villa. Por cierto, un Fonseca, como yo.

Miguel no pudo por menos que sonreír viendo el embrollo que estaba creando su amo.

-De nada servirán vuestras quejas -contestó sin mucha energía el cuadrillero- ¡A la cárcel, caminad! Y sabed que las bulas serán guardadas y vigiladas, y que los derechos del Papa y del Rey serán respetados.

Al decir esto último él y los restantes cuadrilleros empujaron a Sebastián y a Miguel hacia la calle. Llegados a la cárcel, un cuchitril adosado al lado del ayuntamiento, sin más ventilación que el que proporcionaba un hueco de no más de un palmo situado en lo alto de la claveteada puerta, el cuadrillero les anuncio que hasta la mañana siguiente no se iniciarían las pesquisas. «Bien -pensó Sebastián- al menos no me habré de preocupar por las bulas».

Entrar en la prisión y comenzar a llover fue todo uno. «Malo para la uva, bueno para la sementera, y es que nunca llueve a gusto de todos -volvió a pensar Sebastián-». Un relámpago iluminó su gesto sonriente.

-¿Sonreís, señor? ¿Qué os hace tanta gracia?- le preguntó Miguel.

-Recordaba un dicho que se cuenta en esta villa a propósito de que la lluvia no siempre es del agrado de todos. Sabed -siguió relatando Sebastián- que aquí en este lugar vivió un padre que tenía dos hijos: uno tejero y otro hortelano. La gente, cuando veía el cielo indeciso, solía preguntar al padre: “¿Qué, lloverá hoy?” Y el padre invariablemente respondía: “Tengo un hijo hortelano y otro tejero, que sea lo que Dios quiera.” Pienso, que ahora mismo habrá en la villa alguien que esté repitiendo el chascarrillo. Pero dejemos las historias, durmamos, que mañana amanecerá Dios. O dicho al estilo de este pueblo: que sea lo que Dios quiera.

No habían cantado los gallos cuando un cuadrillero de la Santa Hermandad se presentó por Sebastián. No fue preciso despertarle, pues no había podido dormir en toda la noche. Sí durmió, en un rincón, Miguel, que se despertó con el ruido chirriante de los cerrojos.

-Vos os quedáis, sólo Sebastián- dijo el cuadrillero.

-No os preocupéis Miguel, todo se resolverá. Reposad si podéis- le calmó Sebastián.

El cuadrillero condujo a Sebastián a un cuarto adosado a la prisión, donde una vela encendida sobre la mesa alumbraba tenuemente la estancia. La mesa y una silla era todo el mobiliario. las paredes enjalbegadas hacía tiempo lucían desconchones por todos los lados. Sin ventana y con una puerta forrada de chapa, mas parecía cárcel que cuarto. En éstas estaba cuando un alférez de la Santa Hermandad apareció muy tieso, muy bigotudo, sombrero de ala ancha en la mano izquierda, en la derecha los guantes, sacudiéndoselos en el muslo. Bota de caña alta y gran cinturón con hebilla reluciente. Delgado, estirado, de rostro curtido y tez morena, poco pelo, más bien calvo y voz hueca, que Sebastián constató enseguida, porque según entraba dijo:

-Así que vos sois el bulero...

-¿De qué se me acusa?- le interrumpió Sebastián.

-La pesquisa la hago yo, no vos, así que responderéis cuando se os pregunte y no me interrumpiréis-. Al tiempo que hablaba el alférez colocó los guantes y el sombrero en la mesa. Se sentó, miró de arriba abajo al prisionero y le inquirió:

-¿Cuándo salisteis de Salamanca?

-El veintinueve de septiembre- contestó Sebastián.

-¿Podéis probarlo?

-Es fácil, basta con preguntar al Obispo-. Sebastián esperaba amedrentar al alférez al mencionar como valedor a la más alta autoridad eclesiástica. Pero no fue así.

-Observo en vuestras respuestas una altanería que no os favorece. Sabed que habláis con don Gonzalo de Avellaneda, hidalgo de Burgos, alférez de Su Majestad. Os aconsejó que os moderéis.

Sebastián comprendió que don Gonzalo no era un cuadrillero cualquiera. Procuraría llevar más tiento y ser más cauto.

Nuevamente el alférez le preguntó:

-¿Cuántos días empleasteis en el viaje y cuándo salisteis de Valladolid?

-Cuatro días en llegar a Valladolid pues hube de entretenerme en gestiones del Obispo en varios pueblos de la Armuña, en especial en Fuentesauco. Un día esperando el conteo de las bulas en el Monasterio y otro día, ayer quince, en el viaje hasta Alaexos. Al anochecer, en la posada fui retenido por vuestra cuadrilla.

-Tenéis, supongo la minuta que da fe de vuestra salida del Monasterio-. Al oírlo, Sebastián dejó escapar un gesto de sorpresa. -No os asombréis, conozco el procedimiento.

-Así es -dijo-, aquí la tenéis-. Y sacándola de la bocamanga se la entregó. -Os ruego me la devolváis una vez leída, sin ella no podré justificarme ante el Obispo.

A don Gonzalo le bastó leer la primera línea para espetar con gran sorna, como quien se duele de que la pesquisa hubiese sido tan fácil:

-Cuatro días de viaje, un día de recogida de bulas, ayer, día quince, de regreso; y comenzasteis el día veintinueve de septiembre, repito vuestras palabras. Y ahora os pregunto ¿dónde estuvisteis los diez días que faltan? Porque entre el veintinueve de septiembre y el quince de octubre hay dieciséis días, si sólo habéis empleado seis en vuestras gestiones ¿dónde, repito, estuvisteis los diez días restantes?

-En ningún sitio, señor- respondió Sebastián helado de asombro.

El manotazo del alférez sobre la mesa estuvo a punto de derribar la vela.

-¿Pretendéis reiros de mí? ¿Sois vos acaso el mismo diablo para poder estar en "ningún sitio"?- Esto último lo repitió con sorna.

Sebastián no salía de su sorpresa. Se daba cuenta del error de don Gonzalo, pero hacérselo notar él, un pechero, sería ofender a un hidalgo y el agravio le podía traer graves consecuencias. Decidió ser cauteloso.

-Señor- dijo mansamente -no os puedo responder por la gravedad del asunto. El cura de San Pedro, que vive aquí cerca y que está en connivencia con el Obispo, conoce el secreto. Si acudís a él y le preguntáis "que hice los diez días que transcurrieron

entre el cinco y el catorce” conoceréis la verdad y yo podré salir de este embrollo.

El tono de misterio que empleó Sebastián picó la curiosidad del alférez. Se levantó y salió a buscar al cura, dejando al prisionero vigilado por dos cuadrilleros. Regresó al poco tiempo, cabizbajo y con cara de pocos amigos. Sebastián tuvo que contener la risa, pero al ver la cara de don Gonzalo se apiadó de él y decidió ayudarle.

-Sin duda vuestras ocupaciones, lejos de poblados y lugares habitados, hicieron que os olvidaseis de los acontecimientos. Si me contáis qué buscáis y a quién perseguís quizá pueda ayudaros.

-Os agradezco vuestra cortesía. Daré ordenes de que os entreguen las bulas y os ayuden con los animales para que podáis seguir vuestro camino.

-Olvidaros ahora de eso, os lo ruego. Contadme si os place vuestras cuitas.

Don Gonzalo se sintió sumamente agradecido porque Sebastián no hiciera el más ligero comentario sobre su error, que hubiera sido motivo de risa y sarcasmo en cualquier otro. Por eso se desahogó relatando sus problemas: “Durante todo el año se vienen produciendo fuegos intencionados en los encinares de toda la Armuña, Valdeguareña y ribera del Duero. Hace quince días, más o menos, me llegaron noticias, a través de unos campesinos, que dos hombres con una recua de caballos habían quemado los encinares lindantes a Rubiales. Sospeché de vos y de vuestro criado, pues os habían visto por allí”.

-Así es, aunque el fuego se había producido el día antes de nuestra llegada. Podéis comprobarlo si queréis hablando con el cura de la aldea. Pero..., me temo don Gonzalo que estáis entre la espada y la pared, andáis persiguiendo fantasmas.

-Explicaos-. Don Gonzalo se dió cuenta de la exigencia de su voz y añadió: -os lo ruego.

-Vos sabéis que vivimos tiempos en los que todos necesitamos algo. El Rey precisa de trigo, de impuestos, de hombres, de... muchas cosas. Los ayuntamientos requieren hombres que paguen los impuestos y los hombres quieren tierras para recoger trigo y pagar al fisco. ¿Cuál creéis vos que es la solución en estos años que se buscan tierras?

-¿Me insinuáis que se están quemando los bosques con el beneplácito real? ¿Acaso no conocéis la Reales Órdenes sobre el cuidado y conservación de pinares y encinares?

-*“No se corte sino a horca y pendón”* -citó textualmente Sebastián- Ciertamente que las conozco, pero el Rey, los concejos y los hombres de Castilla están también entre la espada y la pared, como vos don Gonzalo. Viven con el aprieto de ampliar el terrazgo, y para ello precisan talar encinas, o emigrar. ¿Vos que haríais? Miradlo si queréis de este modo: los campesinos, con o sin beneplácito, incendian y cortan los bosques; los concejos cierran los ojos y reparten las nuevas tierras entre los vecinos; crece la producción, el rey consigue más pan, más impuestos; ¿quién quema el bosque? respondió don Gonzalo.

Un largo silencio se interpuso entre ambos. Sebastián, tras observar la cara de preocupación del alférez, lo rompió comentando: "Quizá algún día tengamos que arrepentirnos por la falta de encinas".

-Tenéis un papel muy difícil, don Gonzalo. Perseguis al enemigo que tenéis en casa.

El alférez había seguido la conversación enlazándola con sus recuerdos. Ahora entendía por qué siempre los incendios se producían en los lugares más alejados de donde él se encontrara, por qué en los pueblos todo eran recelos y suspicacias. Le engañaban y le mandaban a los parajes más remotos, opuestos siempre a donde habrían de producirse los fuegos. Todo estaba claro, y todo gracias a aquel "ganapán" que tenía delante.

-Os doy las gracias por todo Sebastián. ¿Cómo os lo puedo pagar?

-Señor, no quisiera comprometeros. Pero..., si me pudierais retener un día en Alaexos, no en la prisión ciertamente. Y si esa retención pudiera figurar en una carta que convenza a mi señor Obispo, os estaría muy agradecido.

Sebastián, al hacer esta petición, estaba pensando en todo un día con Ana. No tendría mejor recompensa.

.....

Al día siguiente, diecisiete de octubre, camino de Salamanca, Sebastián llevaba la miel en los labios. Miguel, un fuerte dolor de cabeza causado por el abundante vino que los cuadrilleros de la Santa Hermandad le hicieron beber y una duda dándole vueltas, que le agudizaba aún más el dolor. El criado no pudo contener más su curiosidad y espetó a bocajarro:

-Señor ¿qué es eso de los diez días que andaba contando el cura de san Pedro? Pareciera que iba a romperse en mil pedazos de la risa que le entraba cuando alguien le preguntaba por los "diez días".

Sebastián soltó una carcajada estentórea.

-¿No recuerdas que pasada la Pascua, nosotros y otros muchos correos, estuvimos repartiendo calendarios por todos los lugares? ¿Qué tenía de original el mes de *octubre del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesuchristo de mill y quinientos e ochenta y dos*?

Miguel puso primero cara pensativa, enseguida se le transformó en asombro, miró a su amo y a ambos al unísono les brotó la risa, que les continuó durante un buen trecho. Los vendimiadores que les vieron pasar no supieron si calificarles de locos o unirse a ellos.

José Ojeda

NOTA: Como el lector recordará en 1582 Gregorio XIII reformó el calendario juliano restando 10 días al mes de octubre: los días comprendidos entre el 5 y 14 de octubre, ambos inclusive, no existieron